16

Los DESOCUPADOS

Publicado en Bogotá, domingo 15 de agosto de 1847.

No hay gente más feliz que los desocupados, pues ellos pueden disponer, no sólo de su propio tiempo, sino del de los demás. El que nada tiene que hacer, se ocupa en distraer al prójimo de sus negocios y ocupaciones, ni más ni menos como el perro del hortelano, que ni come ni deja comer; y como para él el tiempo no vale nada, poco le importa que los otros lo pierdan,

EDICIONES DOSIS MÍNIMA
dosisminima.org

que para pedirme la bolsa o la vida, no me hubiera causado tan desagradable impresión.

—¡Hombre! —me dijo— ¿A dónde va Usted tan de prisa? —y tomándome la mano derecha, en que llevaba yo mis dos cartas para que el aire orease la tinta aún fresca del sobre, las chafó miserablemente y como las manos le sudaban algún tanto, las letras quedaron casi enteramente borradas. A la pregunta ¿a dónde va Usted?, me apresuré a contestar —al correo— porque creí que el tal no sería tan imprudente que quisiese detenerme largo tiempo; pero me engañé, pues él continuó impasiblemente.

—¡Hoy es día de correo!

—¡Sí, es miércoles!

—¿Qué correo se va hoy?

—El del Sur.

—¡Ah, el del Sur! ¡Es verdad! Sí, señor, el del Sur, que se va los miércoles. ¿Y qué tal? ¿Cómo vamos?

—Bien.

—¿Qué hay de nuevo?

—No sé nada.

—¿Ha estado Usted enfermo? Le veo un poco descolorido.

—No; puede ser la agitación de la carrera que llevo.

—¿Y a dónde va tan de prisa?

dores de las tiendas para molestar y perjudicar al dueño de ellas, y al infeliz que por desgracia tuvo que pasar por allí, si tiene algunas relaciones con el *flâneur*.

Este capítulo de la tertulia en las tiendas merecería realmente un artículo por separado, si la consideración de que ya se ha escrito tanto sobre la materia, y de que ningún fruto ha producido las censuras y amonestaciones de los escritores de costumbres, no desalentará al más animoso para entrar en una nueva crítica, que no tendría mejores resultados. Para perder el tiempo predicando en el desier-

venida; pero uno de estos que llamamos *cerros* o *agrimensores*, porque no tienen más oficio que medir calles, me salió al paso, pidiéndome cigarro y candela; me preguntó dónde había comprado la corbata, qué me había hecho el patio; dónde vivía el Doctor N., diputado a la Cámara de provincia; dónde encontraría papel de billetes; cuándo me casaba; a dónde pensaba mudarme cuando dejase la casa; dónde compraba mis tabacos; si había venido Villalba; si había tenido noticias de Paquita; si había leído el *Duende*; y, en fin, me preguntó qué bóveda escogería en el

a todos los vagamundos de su especie, y a la suerte que me los depara con tanta prodigalidad.

[...]

No hará quince días que arreglé un negocio con cierto sujeto, por resultado del cual debía entregarme este una fuerte suma en dinero; pero teniendo que ausentarse al día siguiente, recomendó a un amigo suyo para que al día señalado me entregase la cantidad. —Venga Usted antes de las doce, me dijo este, porque de otro modo quizá no podré dar a Usted el dinero en toda la semana. Ocurrí el día señalado antes de la hora con-

to, más vale emplearlo en otra cosa más útil.

Hoy, sin embargo, quiero recalcar sobre la costumbre grosera, incivil y podemos decir bárbara, que tienen muchas personas de salir al paso a cualquiera, e interrumpirle en su camino, tal vez cuando va más de prisa, para decirle una simpleza, para hacer una pregunta insignificante, para pedir candela o el cigarro o la caja de polvo. He dicho al principio que estas indiscreciones pueden traer fatales consecuencias; y no se crea que exagero lo más mínimo. Si el testimonio de mi propia expe-

aunque para ellos el tiempo sea la cosa más preciosa del mundo y la que menos debe desperdiciarse. Cualquier persona, por pocos que sean sus negocios, habrá tenido ocasión de experimentar mil veces esta verdad, tan notoria como las del canónigo Cabrera. ¡Cuántos de nuestros lectores no habrán tenido que sufrir la impertinente rémora de un desocupado en los momentos de más apuros, y pagar bien caro un rato de extemporánea conversación! Las consecuencias de una indiscreción de esta naturaleza, si bien se mira, pueden ser muy graves. Una carta que no llega a

semana. No tengo necesidad de decir que las consecuencias de este retardo embarazaron mucho mis negocios en aquellos días.

Esto sucede diariamente, y sucederá mientras haya desocupados en el mundo, que por desgracia es planta que abunda mucho. ¡Felices ellos que viven de sus rentas o son mantenidos por su padre, madre, tutor, tío o pariente, y no tienen que trabajar para vivir! ¡*Beatus ille qui procul negotiis*! ("dichoso aquel alejado de los negocios", Horacio, Oda II), que puede traducirse filosóficamente: ¡felices los desocupados!

tiempo al correo, un pago que se retarda dos hora (por activa o por pasiva), un médico a quien se habría encontrado un minuto antes en casa, la extremaunción que necesita un moribundo, la compra de un remedio oportuno en la botica, y otros mil negocios pequeños en sí, pero de grande trascendencia, como que de ellos pueden depender los intereses y aun la vida de un ciudadano, son otras tantas cosas que en nada se estiman por los que no tienen más oficio que apostarse en las esquinas como centinelas para detener a todo transeúnte, o instalarse en las puertas y mostra-

yo pagar en aquella ciudad precisamente el día de la llegada del correo; en la otra daba instrucciones a un amigo para que arreglase cierto asunto, también de alguna importancia. No había andado la mitad del camino cuando oigo declinar mi nombre en alta voz, y volviendo la cabeza veo desembocar de una tienda de la 2a. calle del comercio a uno que, según dice, es mi amigo, y que en aquel momento se me figuró mi más cruel enemigo, mi genio maléfico. La vista de un bandido que saliendo de una caverna me hubiera interceptado el paso en un bos-

—Al correo. ¡Hasta luego! Voy a poner mis cartas. Son las cinco menos tres minutos.

—Pero venga Usted acá: tenía que decirle una cosa. ¿Sabe Usted que el caballo que compré me ha salido una maula? ¡Jesús! Ni regalado lo habría admitido si hubiera sabido que lo era. Figúrese Usted que el domingo lo monté para probarlo; al principio muy bien, mucho brío, muy buen paso; pero no había llegado a Puente Aranda y ya había dado diez tropezones. Y ya sabe Usted: cuando un caballo tropieza, ¡malo!, no hay que fiarse de él. Cada vez que me

cementerio cuando me muriese y qué negocios pensaba emprender en el año entrante... ¡Jesús! Después de semejante tempestad y de haber charlado media hora larga de talle, se separó de mí, como un buitre que deja su presa después de haberse hartado a su sabor; y yo, ¡pecador de mí!, corrí desalado a percibir mi dinero; pero desgraciadamente llegué a la tienda de mi amigo después de las doce; y conforme él me lo había advertido, estaba ya cerrada. El dichoso comerciante se había marchado aquel mismo día para el campo y no volvería sino al cabo de una

riencia personal fuera suficiente prueba de ello, yo lo aduciría refiriendo los varios casos que me han ocurrido; y lo haré para que no se crea que estas son puras declamaciones.

No ha mucho tiempo que salía yo de mi casa con dirección al correo. Era miércoles, día en que debía partir el del Sur, y como ya eran casi las cinco de la tarde, hora en que no se admite correspondencia de particulares, caminaba de prisa para llegar a tiempo de poner dos cartas, una para Cali y otra para Popayán; la primera contenía una libranza por una fuerte suma que debía

acuerdo de lo que me sucedió yendo para Villeta... Pues, señor, había comprado yo un caballo...

¡Pero para qué referir todo lo que me conversó este bendito hombre! Basta decir que me encajó un cuento tan insustancial como eterno. A la primera saliva que trató de pasar, me aproveché de la ocasión para despedirme de él y seguir mi camino. Llegué al correo: la oficina estaba cerrada, mis cartas se quedaron y mi libranza también; mi crédito quedó en descubierto; y yo me quedé en los portales, arrimado a una columna y maldiciendo a este y